

beneficio que debió á la piedad y humanidad de Carlos IV.

El año 1797 no fué mas que una serie de inquietudes, disgustos y amargas humillaciones que pusieron á prueba la paciencia y el valor del virtuoso Pontífice. Pero su salud no pudo resistir á tan violentos esfuerzos: una grave enfermedad puso en peligro su existencia, y unido este incidente á todas las demás calamidades, resultó que el desorden llegó á su colmo. Pasquines revolucionarios, obra de los enemigos de la tranquilidad pública, llenaban de espanto y paralizaban la acción del gobierno. El sobrino del Papa fué insultado y tuvo que salir de Roma para librarse de los desmanes de una tropa de facciosos y descontentos. Sin embargo, la salud del Pontífice se restableció; pero su convalecencia no apaciguó la fermentación que reinaba en todas las partes del Estado eclesiástico. El gobierno, después de haber sido espectador pasivo de estas turbulencias, resolvió tomar medidas enérgicas para contenerlas y restablecer la calma: mandó prender á los gefes de los sediciosos, el cirujano Angelucci, los librereros Bouchard, y el judío Ascanelli, en cuyo poder se hallaron mas de diez mil escarapelas amarillas, color del pueblo romano, y un almacén de armas de fuego: se cambió la guarnición de Roma; proveyóse de viveres y municiones el castillo de Sant-Angelo, y se distribuyeron tropas en los diversos barrios de la ciudad. Estas precauciones no calmaron el descontento público causado por la escasez de numerario y el estremado desorden de la hacienda: los billetes del banco, cuyas emisiones habian tenido que irse multiplicando, caian continuamente en un funesto descrédito, que ocasionaba las mas violentas murmuraciones. Solo le quedaba al Pontífice un recurso, del cual su piedad rehusaba valerse; pero al fin cediendo á la imperiosa voz del bien público, se resolvió á tomar del clero, así regular como secular, un empréstito hasta la sexta parte del valor de sus bienes

al interés del 3 por 100. Esto produjo gran rumor en el clero, aunque todos los que se hallaban animados del verdadero espíritu de la Religión conocian que no se podia hacer mejor uso de los bienes eclesiásticos que emplearlos en salvar á la Iglesia. Llegaron por último las cosas á tal extremo, que el gobierno no podia tomar una precaución que no agravase el mal, ni dar un paso que no produjese nuevos descontentos y nuevas quejas. Aquel venerable Pontífice que no habia hecho uso de su poder mas que para hacer felices, y que siempre habia gobernado sus Estados mas bien como padre que como soberano; aquel digno objeto de tanto respeto y veneración, que el pueblo se habia acostumbrado á considerar como imagen de Dios sobre la tierra, se vió finalmente espuesto á insultos y á ultrajes, viéndose reducido á temer el puñal de los asesinos y á tomar precauciones de seguridad: su guardia, que en otros tiempos no era mas que un objeto que contribuia á la pompa de las solemnidades pontificias, tuvo que ser en lo sucesivo un baluarte necesario para su persona.

La nueva república cisalpina dió tambien vivas inquietudes á Pio VI, amenazándole con la guerra en un tiempo en que tanto costaba reprimir la que estaba desolando el interior de sus Estados (1). Para conjurar la tempestad, envió á Milan un ministro que reconoció solemnemente á esta nueva potencia, sin que por eso se reconciliara con el Pontífice el gobierno cisalpino, suspicaz, desconfiado y que en aquellos momentos tenia un interés particular en declararle la guerra. Los sabios y los anticuarios de Lombardia habian averiguado que en otros tiempos el rey Pipino habia separado del exarcado de Ravena algunas porciones de la Marca de Ancona y del ducado de Urbino para regalárselas al Papa Esteban III: dijeron además aquellos sabios y anticuarios

(1) *Hist. de Pio VI*, p. 328-329.

que el rey con semejante donativo habia perjudicado notablemente á la república cisalpina, y que por lo tanto esta debia entrar con las armas en la mano en posesion de su antiguo patrimonio. Con arreglo á unos títulos tan claros y legítimos, Dombrowski, general polaco al servicio de la república cisalpina, recibió orden de apoderarse del fuerte de San Leon, situado en la frontera del ducado de Urbino. Los habitantes de las inmediaciones, sin espantarse del aparato de las armas republicanas, salieron á su encuentro y se pusieron en el caso de rechazar una injusta invasión. Su valor no pudo sin embargo impedir que el fuerte fuese sitiado y rendido después de una breve resistencia. Mas los vencedores no llevaron mas allá sus conquistas. José Bonaparte detuvo su rápida marcha, y Pio VI les opuso un Breve pacificador en el que reconocia la existencia, la soberanía é independencia de la república cisalpina, y manifestaba deseos de vivir en buena armonía con ella.

José Bonaparte, de quien acabamos de hablar, habia sido nombrado embajador del Directorio ejecutivo en Roma. Algunas de las personas que acompañaban al nuevo diplomático, sea obedeciendo á las órdenes de este, ó por imprudencia propia, observaban en esta ciudad la conducta mas irritante (1). Reuniáanse habitualmente en casa del embajador, que era el palacio Corsini, una multitud de romanos descontentos, y particularmente los detenidos por opiniones políticas, que con arreglo al art. 19 del tratado de Tolentino habian sido puestos en libertad. Estos descontentos manifestaban querer derribar el gobierno de su país, y eran tan poco respetadas en aquella época las máximas del derecho de gentes, que á nadie se le ocurría recordar á la embajada sus deberes; á pesar de estarlos violando todos los dias. Por otra parte, algu-

(1) *Artaud, Histor. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 43.

nos agitadores, enviados por el Directorio, aumentaban el desorden, amenazando delatar al embajador si permanecía en los límites de lo justo. Sus intrigas eran favorecidas por las profecías de una francesa insensata y visionaria, llamada la Brouse, que decia públicamente que el cielo estaba ya cansado de las injusticias y tiranía de los Papas, y que su imperio tocaba ya á su fin. Estas predicciones, que en otro tiempo no hubieran sido miradas mas que como estravagancias de un cerebro delirante, tomaban entonces un carácter mucho mas sério y funesto con arreglo á las circunstancias de que iban acompañadas.

En 28 de diciembre de 1797, dejó José Bonaparte que se reuniera en los aposentos y patio de la embajada un número considerable de descontentos (1). No se hablaba mas que de revoluciones: «Mañana se cambiará el gobierno; ya no hace falta el Papa. Volvamos á instalar la antigua república romana: con ella volverán á florecer las virtudes de los Escipiones y de los Gracos.» ¡Qué ignorancia del estado de los ánimos, ó qué charlatanismo! El gobierno pontificio, asustado, mandó tomar algunas precauciones. El prelado Consalvi, que entonces era gefe de la congregación *Sull'Armi*, especie de intendente militar, mandó que circularan patrullas por los barrios mas populosos de la ciudad. Dióse tambien orden al juez criminal Barberi, para que, en lo que á él concernia, velase por la tranquilidad pública.

Habiendo salido á rondar una patrulla, como una hora y media antes de ponerse el sol, se vió perseguida por una multitud de pueblo armado, cuya mayor parte llevaba escarapela nacional. Habiendo advertido un ciudadano al gefe de ella que se retirara, porque habia el proyecto de desarmarla, fué insultado al retirarse por los gritos y silbidos del populacho, cuyo furor le fué persiguiendo hasta el cuar-

(1) *Artaud, Histor. del Papa Pio VII*, p. 45.

tel. Los oficiales de la compañía, en vista del tumulto, la mandaron poner toda sobre las armas, y la distribuyeron en los puntos de defensa. En el acto avanzó una falange del pueblo, provista de armas blancas y fusiles. A su frente iban dos franceses vestidos de azul con escarapela y sable en mano, gritando: *Igualdad, libertad*; y á su lado iba otro francés con una bandera tricolor. En esto llegó una patrulla de cuatro dragones que aconsejaron á la compañía que saliese, si no queria perderse. Entonces los soldados, marchando adelante con la escolta de los cuatro dragones, hicieron fuego hácia el sitio por donde aquella multitud armada habia venido. En seguida hicieron alto, y un oficial de milicias entregó el puesto al cabo Marinelli. Apenas se habian establecido en él los soldados, cuando una numerosa columna con escarapela francesa avanzó hácia ellos, llevando á su frente dos franceses, con la espada desnuda y la escarapela en la mano. Uno de ellos dirigió la voz á la tropa del Pontífice, diciendo: «Ea: ¡avanzad! ¡ánimo! ¡Viva la libertad! ¡Viva la libertad! Yo soy vuestro general.» Los soldados contestaron apuntando y diciéndoles: «No os arrimeis.» Pero los agresores seguían avanzando sin dejar de repetir: «Viva la libertad! ¡ánimo! Soy vuestro general.» Los soldados se vieron en grande apuro por haber dejado arrimar demasiado á los franceses, pues uno de estos tocaba ya con su sable la bayoneta del cabo Marinelli. Este, despues de haber invitado varias veces á los agresores á que rindiesen las armas, viendo que cada vez aproximaban más los sables á sus fusiles, mandó hacer fuego y derribó algunos de los sediciosos y entre ellos al que le amenazaba con el sable. Los demas se retiraron y el tumulto se apaciguó por de pronto. El cabo no abandonó su puesto, y habiéndose presentado de allí á poco otra columna del pueblo haciendo fuego, Marinelli tuvo que mandar continuar el suyo á sus soldados; pero cediendo

por último tuvo que replegarse á la plaza del cuartel, donde estaban los oficiales, habiendo dejado otros soldados para que apaciguaran los tumultos ocurridos en las plazas inmediatas y en las calles pequeñas del *Transtevere*. Presentóse un transtiverino con un palo que quiso obligar al centinela á que tirase la escarapela del Pontífice y se pusiera la que él le daba. Viéndose este hombre amenazado y rechazado por el centinela, se arrojó sobre él para matarlo; mas habiendo este disparado su arma lo derribó muerto en el suelo.

El francés herido por el cabo Marinelli, era el general Duphot. Otro francés que se hallaba á su lado le recibió en sus brazos y ayudó á trasportarle al palacio Corsini. Duphot acababa de llegar á Roma para casarse, segun decian, con una de las jóvenes hermanas de José Bonaparte, la misma que despues de haberse enlazado con el general Leclerc, muerto en Santo Domingo, contagiado de la peste, llegó á ser princesa Borghese. De modo que el general Duphot pereció en un motin provocado por él mismo contra la autoridad reconocida.

¿Qué hizo entonces el gobierno pontificio? El cardenal Doria, en vez de manifestar la sorpresa que causaba al Santo Padre el saber que en casa de un embajador extranjero, á quien nadie queria insultar, se habia verificado una reunion sediciosa de súbditos suyos, en vez de manifestar el sentimiento que tenia el Papa sabiendo que de aquella violacion del derecho de gentes habia resultado la muerte de un general francés, corrió al palacio de José Bonaparte, dió humildes disculpas, y no habló una sola palabra de las faltas que habian producido tan deplorable resultado. De otro modo debia de haberse espresado el ministro de un soberano que no habia sido el agresor. José Bonaparte y los que le rodeaban no hicieron ningun caso de las excusas del cardenal y pidieron sus pasaportes. El embajador llegó á Florencia desde donde escribió al Directorio

una relacion llena de las mas graves inculpaciones contra el gobierno romano.

Apenas el Directorio recibió noticia de la catástrofe, mandó arrestar el 14 de enero de 1798 al embajador del Papa en París, y dió orden al general Berthier, que se hallaba en Milan, de marchar sobre Roma (1). El mensaje que los directores dirigieron al cuerpo legislativo, notificándole este suceso, era un acta de acusacion contra Pio VI y contra el gobierno de Roma. Atribuiantle formalmente la muerte de Duphot, suponiéndole el designio premeditado de insultar la magestad de la Francia en la persona de su embajador; ingratitud tanto mas negra, decian ellos, cuanto que la república francesa habia desistido de tomar una satisfaccion por la muerte de Basseville. El acusado no podia defenderse: hallábase á merced de sus acusadores, y en el interés de estos estaba el que resultara culpable. De allí á pocos dias el Directorio anunció la toma de Roma, por medio de una sangrienta declaracion en que se comparaba el gobierno de los Papas al de Tiberio, y se les representaba como monstruos de ferocidad que han llenado de atrocidades el universo. Creeríase que el Directorio al querer trazar los crímenes de los Pontífices romanos, se habia equivocado y no habia hecho mas que bosquejar el retrato de los jacobinos, y principalmente el suyo propio. Los autores de aquella amplificacion, tan ridicula por la petulancia del estilo, como odiosa por las calumnias que contenia, habian sin duda olvidado los oráculos pronunciados por su maestro, por el mismo apóstol de la libertad, en favor de aquella Religion que ellos nos pintan como origen de todos los crímenes: ¿cómo se atreven á desmentir al Pontífice de la revolucion, á Juan Jacobo Rousseau, que en el libro IV de su *Emilio* asegura formalmente que: «Nuestros gobiernos modernos deben incontestablemente

blemente al cristianismo su mas sólida autoridad y el que las revoluciones no sean tan frecuentes: el cristianismo los ha hecho tambien menos sanguinarios, y esto se prueba de hecho, comparándolos con los gobiernos antiguos. La Religion mejor comprendida, disipando el fanatismo, ha comunicado mas dulzura á las costumbres europeas. Este cambio no es obra de las letras; pues no siempre donde estas han brillado ha sido mas respetada la humanidad. Asi lo acreditan las crueldades de los egipcios, de los atenienses, de los emperadores de Roma y de los chinos. ¿Qué de obras de misericordia han sido obra del Evangelio! Este modo de hablar es algo distinto del de Merlin y La Reveillere; pero hacia falta un pretexto para destronar al Papa y apoderarse de sus Estados, y al fuerte nunca le faltan. El mismo dia que este mensaje dió á conocer á la Europa la caída del gobierno romano, el marqués Massimo, embajador de la Santa Sede cerca de la república francesa, creyó deber manifestar su alegría dando un baile en su casa: esto se llama bailar sobre las ruinas de su patria.

En tanto que este embajador celebraba en París con un espléndido festin la ruina de su bienhechor, ¿qué hacia en Roma el desventurado Pontífice? El general Berthier, al frente de su ejército, atravesó el Estado eclesiástico sin encontrar la menor oposicion; pero al llegar cerca de Roma, se detuvo. Sin embargo, las puertas de la ciudad estaban abiertas y el octogenario Pontífice nada podia oponer á sus enemigos mas que lágrimas y manos suplicantes. Mas el general Berthier no queria entrar, segun decia, sino por invitacion del pueblo romano: no iba mas que para castigar los asesinatos de Duphot, y dar al gobierno una fuerza que no podia desplegar por si mismo: su mision se reducía á respetar la Religion, las leyes y las propiedades, tanto sagradas como profanas. Asi se lo aseguró el

(1) *Hist. de Pio VI*, p. 336-346.

general al príncipe de Belmonte, que se le envió en calidad de diputado, y así se atrevió también á escribirlo á Pio VI. Solamente pedía dos cosas: la primera que el Papa hiciese publicar un edicto, cuyo modelo fué dirigido al secretario de Estado, y cuyo objeto era tranquilizar al pueblo romano acerca de la llegada del ejército francés; la segunda, que no se quitara nada del museo, de la biblioteca y de la galería de pinturas, porque todos los objetos que se encerraban en esos establecimientos quedaban garantizados por la lealtad francesa y por su propia seguridad. En caso de negativa, no salía fiador de las consecuencias que podía acarrear la obstinación del gobierno en descontentar á una nación poderosa, que ya tenía contra él hartos motivos de queja.

El Papa, persuadido de que era inútil la resistencia, se sometió. Su corazón humano y paternal se horrorizaba de la efusión de sangre: dió su palabra de cumplir las condiciones que se le imponían y la cumplió con honradez. No habiendo faltado quien en presencia suya propusiera que se quitaran los objetos mas preciosos del museo Clementino, se opuso diciendo que había prometido no hacerlo: de manera que aquella rica colección fué á parar intacta á manos de los franceses. Habiendo enviado los patriotas que se hallaban en Roma una diputación al general Berthier, invitándole á entrar, accedió á ella y tomó posesión de Roma, quedando enteramente abolido el antiguo gobierno así que verificó su entrada el ejército francés. El Papa, abrumado de dolores y enfermedades, se mantenía encerrado en su palacio esperando resignadamente la suerte que le reservaba el vencedor. Sin embargo, no abandonaba aun las funciones propias de su ministerio, y habiendo llegado el aniversario de su exaltación al Pontificado, resolvió celebrarlo según costumbre en la capilla Sixtina. Allí recibió sentado en su trono las felicitaciones

de los cardenales el 15 de febrero de 1798, á cuya época puede asignarse el fin de su reinado, que terminó del modo mas ruidoso y solemne. Sea que los revolucionarios hubiesen escogido á propósito este momento para hacer mas sensible al Pontífice su caída, sea que el nuevo gobierno se encontrase por una casualidad bastante organizado para poder significar á Pio VI la abolición de su autoridad, lo cierto es que el calvinista Haller, administrador de hacienda y contribuciones de Italia, fué escogido con preferencia para anunciar al Pontífice, rodeado del Sacro Colegio, que el pueblo romano había vuelto á recobrar su soberanía y no le reconocía ya por su gefe temporal. El Pontífice levantó los ojos al cielo, juntó las manos y adoró los decretos de la Providencia, que le sujetaba á tan dura prueba. Al momento licenciaron á su guardia: en su lugar pusieron franceses, y Pio VI, que hubiese podido evitar una suerte tan funesta, tomando el camino de Nápoles, se vió en las manos de sus enemigos. Entonces fué cuando Berthier le hizo presentar por el general Gervoni la escarapela tricolor invitándole á que se adornara con aquella nueva insignia. El Papa respondió: «No reconozco mas uniforme para mí, que aquel con que me ha honrado la Iglesia. Teneis todo poder sobre mi cuerpo, pero mi alma es superior á vuestros alcan- ces. No necesito pension alguna. Un baston, en lugar de báculo, y un toscó sayal, son bastantes para el que debe espirar con el cilicio sobre la ceniza. Adoro la mano del Todopoderoso que castiga al pastor y al rebaño: podeis quemar y destruir las habitaciones de los vivos y las tumbas de los muertos; pero la Religion es eterna: ella existirá despues de vosotros, así como ha existido antes que vosotros, y su reinado se perpetuará hasta el fin de los siglos.»

Los invasores no se olvidaron de poner sellos al museo, á las galerías y á todos los monumentos preciosos que la república fran-

cesa se reservaba. Pio VI tenía motivos para esperar que le dejaran por lo menos su biblioteca particular que él mismo había ido formando y que hacía muchos años había sido su única distracción; mas también se apoderaron de ella, así como de la del Vaticano, y una colección tan preciosa y rara, formada por el gusto mas esquisito, fué vendida ó mas bien dicho dada á un librero de Roma por la módica cantidad de doce mil escudos romanos. Ni el mismo gabinete del Pontífice se libró de las pesquisas de los comisarios: abrieron sus bufetes y estantes, forzaron las cerraduras de sus papeleras, y despues de haber registrado todo con la esperanza sin duda de encontrar oro ó alhajas, vieron que se habían engañado, pues no encontraron mas que vestidos y ropa blanca (1).

En una entrevista que el general Berthier tuvo con el Papa, le había asegurado que no se atentaria á su dignidad de Gefe de la Iglesia; que si no era ya soberano de Roma, seguiria siempre siendo su obispo, pues no se le despojaba mas que de su poder temporal; que el nuevo gobierno le aseguraria los medios de existir de un modo conveniente al rango que ocupaba, y que podría sostener una guardia para seguridad de su persona. Mas no tardaron los comisionados franceses en conocer cuánto dañaria al establecimiento de la nueva república romana la presencia del antiguo so-

(1). Cuéntase que los comisarios concibieron grandes esperanzas al ver una grande caja en forma de urna, imaginándose que estaba llena de sequines. Apoderáronse ávidamente de ella y preguntaron al Pontífice lo que tenía. «Tabaco,» respondió tranquilamente el Papa. Los comisarios no lo podían creer, mas habiéndola abierta se desengañaron, porque lo que tenía efectivamente era tabaco, del cual, habiendo tomado un polvo el comisario, aseguró ser de muy buena calidad. Como puede presumirse, el tabaco no era una captura muy honorífica; pero como hay personas que se dan por satisfechas con lo que encuentran, el comisario se conformó y dispuso que llevaran á su casa el tabaco, con grande admiración del Pontífice, que se lamentó dulcemente de que hasta el tabaco le quitaban.

berano. El respeto del pueblo hácia el Pontífice supremo de la Religion católica podía obligarle de un momento á otro á volver á confiar sus intereses temporales al que consideraba como intérprete de las voluntades del cielo y órgano de los eternos decretos. Así es que decretaron el destierro y cautiverio del Papa como medida indispensable de salud pública, y se le intimó la orden de que se preparase á partir. Decían con innoble ironía, que supuesto que había tenido afición á los viajes, era preciso satisfacer su gusto (1). El primero, el único deseo del Pontífice era morir al pie de la tumba de los Santos Apóstoles: este es el único favor que pidió y esto es lo que le fué negado inhumanamente. El mismo calvinista suizo que había notificado al Papa el fin de su reinado, en vista de lo dignamente que había desempeñado su primera comisión, fué el encargado por segunda vez para comunicar á Pio VI la orden de su destierro. Lleno de orgullo por tal mensaje, Haller se hizo introducir á la una de la tarde en la cámara donde el Pontífice estaba comiendo, servido por un corto número de criados. «La república romana os manda, le dijo, entregarme vuestros tesoros: entregádmelos en el acto.»—«Ay de mí, respondió el Papa: el tratado de Tolentino no me ha dejado nada: no tengo tesoros que entregaros.»—«Sin embargo en vuestra mano veo dos hermosas sortijas.»—El Papa se sacó una de ellas y se la entregó diciendo: «no puedo daros mas que esta, pues la otra debe pasar á mi sucesor.» No se dió por satisfecho Haller é insistió de un modo que no tenía réplica para que le diera la otra, que era precisamente el anillo del Pescador, que sirve de sello á todos los Papas. El calvinista no hizo muy grande negocio con esta adquisición, y

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 58. B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VII. 82